Real y Pontificia Universidad de Sto. Tomás
de Manila

DISCURSO

LEIDO EN LA

APERTURA DE SUS ESTUDIOS

EL DIA 2 DE JULIO DE 1889

POR EL

R. P. Fr. Jaime Andreu

DEL ÓRDEN DE PREDICADORES

PROFESOR EN LA MISMA UNIVERSIDAD

EDICION OFICIAL

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE STO. TOMAS
A CARGO DE D. GERVASIO MÉMIJE

1889

DISCURSO INAUGURAL

DISCURSO

LEIDO EN LA

APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS

DE LA

REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE MANILA

EL DIA 2 DE JULIO DE 1889

POR EL PROFESOR DE LA MISMA

R. P. Fr. JAIME ANDREU

DEL ÓRDEN DE PREDICADORES

EDICION OFICIAL

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL REAL COLEGIO DE STO. TOMAS

Á CARGO DE D. GERVASIO MEMIJE

1889

Nequaquam voluntas movetur, nisi mentis cognitio velut fax quædam præluxerit: videlicet bonum, voluntati concupitum, est necesario bonum quatenus rationi cognitum. Eo vel magis quod in omnibus voluntatibus delectum semper judicatio præit de veritate bonorum, et quonam sit anteponendum cæteris. Atqui judicare, rationis esse, non voluntatis, nemo sapiens dubitat. Libertas igitur si in voluntate inest, quæ natura sua appetitus est rationi obediens, consequitur ut et ipsa, sicut voluntas, in bono versetur rationi consentaneo.
(LEON XIII, Encíclica *Libertas*.)

EXCMO. SR.:

ILMO. CLAUSTRO:

SEÑORES: Subir á esta tribuna para dirigiros la palabra en ocasion tan solemne es un honor al que no me hubiera jamás atrevido á aspirar; es un honor inesperado, que sólo he debido aceptar accediendo al mandato del dignísimo Presidente de nuestro Claustro.

Pero antes de indicar el objeto de este modesto discurso, cúmpleme felicitar á los muy distinguidos Profesores, que con afan cada dia creciente procuran que la Universidad de Filipinas, por lo aventajado de sus alumnos, esté al nivel de las universidades principales de Europa.

Prueba evidente son los brillantes exámenes á que hemos asistido al terminar el curso pasado, y sobre todo los excelentes trabajos de oposicion presentados por los alumnos de Facultad para optar á los premios que se van á distribuir en este solemne acto. Prueba no menos palpable es la notabilísima investidura de treinta y dos Licenciados pertenecientes á las distintas Facultades que se enseñan en esta Universidad, digno coronamiento de los desvelos de los Profesores, y recompensa justísima á la muy estudiosa juventud de nuestras aulas.

Los adelantos de este Centro literario en sus varias Facultades son de todos vosotros conocidos. Pero no puedo prescindir de hacer especial mencion del Colegio de Medicina y Farmacia, que con valiosas obras enriquece todos los años su escogida biblioteca, y que con instrumentos médico-quirúrgicos y aparatos químicos, con maniquís y con diferentes piezas clásticas de todas las partes del cuerpo humano, facilita á los alumnos los medios para adelantar en su delicada carrera ([1]). En el Colegio de San Juan de Letran nuestro dignísimo Arzobispo electo, y en el Ateneo Municipal los celosos PP. de la Compañía de Jesus han trabajado con verdadero ardor y entusiasmo para montar sus respectivos establecimientos á la altura de los mejores centros de su clase en los países civilizados. Merecen tambien encomio gran número de Profesores de las Escuelas Privadas, quienes esparcidos por los arrabales de esta Ciudad, y por casi todas las provincias, trabajan con fé y celo reconocido para difundir la ilustracion en este vasto Archipiélago.

Cumplida esta obligacion de justicia, debo deciros que

---

(1) El Gabinete de Física de la Universidad se ha enriquecido este año, entre otros aparatos, con un microscopio Nachet de tres mil diámetros de aumento, un voltámetro, un amperómetro y un microohmmetro.

meditando sobre el asunto digno de vuestra consideracion, olvidado de mi propia debilidad, y fiando en vuestra benevolencia nunca desmentida, por lo mismo que sois grandemente ilustrados, resolví tratar una cuestion trascendental y de actualidad, que adaptada á ocasion tan solemne pudiera ser á la vez útil é interesante á los estudiosos alumnos que me están escuchando y en armonía con los estudios de mi Facultad.

Acariciaba indeciso esa para mí tan halagüeña idea, pero no sabía qué punto concreto fijar; evoqué entonces á mi imaginacion las crónicas contemporáneas que continuamente nos trasmite la prensa de todos los países civilizados; y al ver que, en las naciones más cultas, se hacían cada dia adelantos importantísimos en todos los ramos del saber humano, especialmente en todas las artes y ciencias físicas y naturales; al ver, en todas partes, puestos en pié de guerra ejércitos capaces de hacer temblar el orbe con el poder de sus armas; al ver todos los mares surcados por una marina tan formidable, que jamás imagináran cosa parecida las generaciones que nos precedieron: al ver que, para cubrir tan grandes necesidades, se hallan los Gobiernos precisados á arbitrar nuevos y más gravosos impuestos; al ver que á los pueblos sumidos en la miseria les es imposible soportar tantas contribuciones, hasta el extremo de verse obligados á abandonar su amada pátria y los casi sagrados hogares que les sirvieron de cuna, para lanzarse á través de los mares á países desconocidos y menos civilizados; al ver, en fin, que en medio de estos y otros males sin número, mezclados con bienes grandísimos y de utilidad innegable, se izaba en todas esas naciones la bandera de libertad y progreso, me quedé confuso y pensativo: ¡Libertad! ¡Progreso!... ideas sagradas, exclamé, que amamos y veneramos con toda nuestra alma. Hi-

jos como somos de Dios infinitamente libre y perfecto, estimamos como nadie la libertad con sus preciosas conquistas, y buscamos el progreso en sus tres grandes manifestaciones; y nuestro progreso no es un progreso faláz é ilusorio, sino un adelanto verdaderamente indefinido mientras vivimos sobre la tierra.

¡Libertad!... ¡Progreso!... palabras son estas, que producen en nuestro espíritu una conmocion semejante, por lo violenta, á la que ocasiona la chispa eléctrica en nuestro cuerpo; palabras, cuya realizacion en el organismo social ennoblece los espíritus, y conduce á los pueblos á la cumbre de la civilizacion. Pero palabras tambien, que por las trascendentales ideas que representan, cuando se adultera su verdadero sentido, producen gran confusion en los entendimientos, y discordias y revoluciones en los pueblos; discordias que, socavando en sus cimientos la unidad y la paz, bases fundamentales de la sociedad y del órden, atraen sobre las naciones males sin cuento.

Ved porque, ansioso de contribuir al esclarecimiento de estas grandes ideas, resolví ocuparme en ellas y en la mútua relacion qne entre las mismas existe.

No ignoro que plumas más autorizadas y doctas han con grandísima gloria trabajado sobre esta cuestion; pero el campo es tan vasto que cuanto más se cultiva y más se ahonda, más tesoros se encuentran.

Ensayaré por tanto, si puedo, entre tanta multitud de preciosidades descubiertas, llamaros la atencion sobre algunas de ellas. Á este fin, pienso tratar del *verdadero concepto de la libertad*, y probaros que *el progreso está en razon directa de la perfeccion de la libertad.*

I

EQUIVOCADAMENTE sostuvieron muchos filósofos antiguos que todo cuanto existe lo hizo el acaso, y lo gobierna y lo dispone el hado. Pero hablaron de esta manera porque no alcanzaban un verdadero conocimiento de Dios; porque ignoraban el principio de todas las cosas, y el modo como todas tienden á su fin. Manera de filosofar que en el correr de los tiempos cayera en olvido, para ser renovada en nuestros dias por los partidarios del materialismo trascendental, quienes colocando en los primitivos elementos de la materia la causa de todo lo existente, prescindiendo de una Inteligencia creadora, no se han tomado la molestia de profundizar sobre el sentido de estas palabras; pues á poco que sobre ellas recapacitaran, comprenderían que el acaso, y el hado y la materia cósmica, sin un poder hacedor é inteligente, nada explican científicamente cuando se trata del origen y de la disposicion de todas las cosas.

Fundamental verdad de alta filosofía que el ingenio humano nunca desmentirá, es que quien sacó de la nada al universo, es el mismo que le gobierna con su Providencia ó Sabiduría suprema: Dios.

Mas así como el hombre en las obras de inteligencia que ha de producir al exterior, de antemano fabrica en su mente la idea y el plan de la obra que intenta realizar;

de parecida manera Dios concibió y lleva en su inteligencia soberana el universo con todos los séres que le constituyen. Y esa concepcion suprema que vive y palpita en la inteligencia de Dios, sintetizando en su unidad simplícisima la variedad de todos los séres, juntamente con la diversidad de todas y cada una de sus operaciones, es lo que llamaban los escolásticos con Santo Tomás *Ley eterna,* cuando la consideraban en Dios, dandola el nombre de *natural,* cuando la consideraban aplicada á los séres creados: de suerte que la ley eterna es la razon de la sabiduría divina, segun que es directiva de todos los actos y movimientos de los séres, y la ley natural es la impresion de la ley eterna en la criatura. La ley eterna es el mandato supremo de Dios; la ley natural es la sujecion á este mandato: la ley eterna es la regla y medida; la ley natural es lo regulado y medido: la ley eterna es la que imprime á las criaturas inclinaciones y movimientos conformes á su naturaleza; la ley natural es la que obliga á los séres á moverse en conformidad con las inclinaciones de que se hallan dotados. Cumplen la ley eterna los astros, cuando mediante la atraccion mútua y el movimiento de que se hallan dotados, conservan constantemente su equilibrio verificando por siglos y siglos su majestuosa carrera: la cumplen las plantas, cuando se visten de hojas y flores para dar sus frutos al tiempo debido: la realiza el bruto, lo mismo cuando guiado por la impresion de los sentidos busca el alimento para conservar la vida, que cuando guiado por el instinto engendra á sus semejantes para propagar la especie; y finalmente la obedece el hombre, que imágen y semejanza de Dios investiga y conoce la verdad y se esfuerza constantemente por alcanzarla. Sí, todas las criaturas reciben y cumplen los mandatos supremos de Dios.

Los séres inorgánicos ó minerales, privados de todo principio de vida y de conocimiento, aplican ciegamente su actividad á ejecutar las operaciones peculiares de su naturaleza, obrando siempre con una fijeza y exactitud matemática, reguladas por la natural inclinacion ó. apetito que determina sus movimientos ([1]): así el proyectil arrojado al espacio se mueve fija y necesariamente, sujeto á las fuerzas centrípeta y centrífuga que le impulsan: así la electricidad conducida por débil alambre, y obedeciendo tambien á una ley necesaria, recorre en breves momentos la superficie inmensa del globo. Tal es el motivo porque puede el hombre, aprovechando las leyes del universo, hacer nuevas conquistas para la ciencia y para las artes, asombrando con ellas á sus semejantes, al levantar esos prodigiosos monumentos de su ingenio, de que tanto se enorgullece la edad presente.

Sobre el reino inorgánico preséntase á nuestra vista el vegetal, que dotado de vida aunque privado de toda clase de conocimiento, revela en el desarrollo y funciones propias de su organismo movimientos espontáneos propios de la vida rudimentaria que poseen.

Todas las perfecciones de las plantas se hallan en grado eminente compendiadas en el sér animal ó sensitivo, que añade, como nota distintiva, un conocimiento singular concreto y determinado, al cual siguen acciones y movimientos que podriamos llamar *voluntarios*, no en cuanto suponen voluntad, sino en cuanto proceden de un principio intrínseco al agente que los ejecuta. Estos movimientos, como

---

(1) Divus Thomas *De Verit.* q. XXIII. Res ergo materiales, in quibus est quidquid eis inest, quasi materiæ obligatum et concretum, non habent liberam ordinationem ad res alias, sed consequentem ex necesitate naturalis dispositionis; unde hujus ordinationis ipsæ res materiales non sunt sibi ipsis causæ, quasi ipsæ se ordinent in hoc ad quod ordinantur, sed aliunde ordinantur; unde scilicet naturalem dispositionem accipiunt: et ideo competit eis habere tantumodo appetitum naturalem.

basados en el conocimiento singular y material, suponen una admirable union que liga, de misteriosa manera, la cosa conocida con la potencia orgánica del cognoscente; union que no puede verificarse sin que el objeto conocido produzca una impresion que obliga al animal á ejecutar sus actos de una manera siempre fija, invariable, y que no admite perfeccionamiento, como nos lo dice la experiencia.

Nocion rudimentaria y admitida por todos los sabios es, que así como á las formas ó actividades de los séres materiales sigue una inclinacion natural que los impulsa á sus propias operaciones; de semejante manera á las formas ó potencias capaces de conocimiento, sigue un apetito animal que determina todos los movimientos del sér sensitivo, movimientos que seran tanto más varios y complicados, cuanto más perfecto fuere su conocimiento ([1]).

De ahí que correspondan especiales facultades afectivas al hombre, puesto que se halla dotado de un conocimiento más superior y más noble que todos los demás vivientes.

En efecto, siendo espíritual el principio que le da la vida «no trae, como sabiamente dice Leon XIII ([2]), su orígen de las cosas corpóreas, ni depende de ellas en su conservacion, antes, creado por Dios sin intermedio alguno, y traspasando á larga distancia la condicion comun de los cuerpos, tiene un modo de vivir propio suyo, y modo no menos propio de obrar, con lo cual abarcando con el juicio las razones inmutables y necesarias de lo bueno y de lo verdadero, conoce con evidencia no serle en manera alguna necesarios los bienes particulares».

---

(1) Divus Thomas in 3.º Ethicorum c. XIII.
Sicut appetitus naturalis sequitur formam naturaliter inherentem, ita appetitus animalis sequitur formam apprehensam Ad hoc igitur quod aliquid appetatur præexigitur ut apprehendatur ut bonum. Et inde est quod unusquisque desiderat id quod apparet sibi esse bonum.

(2) Encíclica *Libertas*.

Mas á pesar de tanta excelencia, el hombre como cualquier otro sér, vive sujeto á esa misma ley eterna fijada por la Providencia divina á toda la creacion; siéndonos fácil en sumo grado encontrar el órden que debe el hombre tener en esta obediencia, si examinamos los verdaderos constitutivos ó perfecciones que lo elevan sobre los séres inferiores del universo.

La experiencia de acuerdo con la razon nos testifican unanimemente, ser el entendimiento y la voluntad el carácter distintivo que eleva al hombre sobre toda criatura visible, y el que le aproxima é introduce en la region de los espíritus. Un viviente, por más que tenga algun parecido con la forma humana, no será considerado jamás como perteneciente á nuestra especie, si no está vivificado por un principio anímico capaz de entender y de querer, actos tan propios y esclusivos del hombre, que de la mayor ó menor perfeccion con que este los ejecuta, infiere el sentido comun la norma y regla general para juzgar acerca de los grados de su verdadera dignidad y grandeza. Ante la ciencia, propiedad esclusiva del entendimiento, y ante la virtud, bien que ennoblece la voluntad, todo hombre, por vulgar ó ignorante que sea, inclina su frente reconociendo en esos dones preciosos la aureola gloriosa de la humanidad.

El entendimiento, facultad espiritual, al percibir los séres, no limita su conocimiento á lo superficial, externo y contingente; sino que invadiendo con actividad poderosa lo más íntimo de los mismos, se apodera de aquella realidad que constituye la naturaleza en una especie determinada. Hecho que nos ponen de manifiesto las continuas disputas de los filósofos sobre la naturaleza, identidad y distincion de los séres; y que nos demuestran las comparaciones que nosotros hacemos de

unas ideas con otras, y de todas con la verdad objetiva en el mundo existente. Otra prueba no menos clara de esta verdad, son las disputas de los filósofos sobre el sér, llámese contingente ó necesario, relativo ó absoluto, limitado ó infinito, creado ó increado, con cien otras más que agitan en el campo de las ciencias metafísicas; disputas que carecerian de sentido, si el entendimiento del hombre no extendiera su accion sobre todos los séres y sobre las infinitas modificaciones á los mismos anejas.

No hay en efecto actividad en la tierra que al entendimiento humano se asemeje; pues las facultades orgánicas no pueden reflejar sus actos propios ni á sí mismas conocerse; mientras que el entendimiento, con cierto resplandor divino, ilumina hasta las profundidades de su propio sér, conociéndose á sí mismo y todas las cosas en la realidad externa, en el *no yo* contenidas. Las facultades orgánicas sólo pueden percibir lo material y singular, debilitándose y llegando muchas veces á destruirse con un intenso y prolongado ejercicio; la vista no puede sufrir los resplandores de vivísima luz; los ruidos atronadores ensordecen el oido, y todo objeto material excesivo destruye el órgano de su facultad respectiva; mientras que la inteligencia, levantando su vuelo sobre todo lo material y concreto, percibe lo universal, lo abstracto, y lo puramente espiritual, con la feliz ventaja de que, cuanto más eleva su consideracion, tanto más se difunde su actividad inmensa, la que á semejanza de Dios de quien recibe su luz es capaz de abarcar todos los séres.

Brillante muestra de que nuestro entendimiento es participacion de la Inteligencia increada y destello de la divinidad, son aquellas intuiciones de la mente por las cuales ésta percibe de una manera casi espontánea y natural las ideas capitales de la ciencia, que son á la vez

manifestaciones de la razon suprema de Dios; y entre estas primitivas intuiciones é ideas fundamentalísimas, está la idea del bien comun, que aplicada á los diferentes bienes particulares da origen, por su propia universalidad y trascendencia, á otra facultad superior, la voluntad, potencia nobilísima y de amplitud tan vasta como el entendimiento.

Este aplica toda su actividad á conocer la verdad que es su aliento y su vida, la voluntad propende ó se inclina á las cosas que el entendimiento le presenta como dignas de ser amadas por su bondad: el entendimiento al conocer la verdad real de los séres, se une como á su propia forma al sér ideal que de los mismos existe en el alma ([1]); la voluntad al querer el bien se une con el afecto al sér real de los mismos: el entendimiento al inquirir la verdad de las cosas, comunica el resplandor de su luz á las facultades superiores de la sensibilidad capaces de participarla en alguna manera; la voluntad al buscar el bien universal en cada una de sus particulares manifestaciones, sintetiza en sí todos los anhelos del alma, porque comprendiendo en su objeto todos los bienes, abraza entre éstos los actos así de las facultades capaces de conocimiento como de las afectivas, á las cuales por la mayor semejanza que con la misma tienen las eleva y perfecciona.

El entendimiento es avasallado por la verdad que necesariamente conoce, cuando se le presenta con la claridad de los primeros principios; la voluntad se siente irresistiblemente obligada al amor del bien cuando se le

---

(1) Divus Thomas *Veritate* Q. XXII 12 c Intellectus movet voluntatem per modum quo finis movere dicitur, in quantum scilicet præconcipit rationem finis, et eam voluntati proponit. Sed movere per modum causæ agentis est voluntatis, et non intellectus: eo quod voluntas comparatur ad res, secundum quod in seipsis sunt: *intellectus vero comparatur ad res, secundum quod sunt per modum spiritualem in anima.*

ofrece sin concretarlo en ningun objeto finito: el entendimiento, en funciones de *razon*, discurre del principio conocido á la verdad desconocida, pudiendo conocerla ó ignorarla siempre que no resplandece con evidencia axiomática; la voluntad, en funciones de *libre albedrío*, elige libremente el bien, cuando este no le es presentado como perfecto bajo todas las consideraciones.

Y es porque como dice el Angel de las Escuelas ([1]), «el motor pone necesariamente en movimiento al móvil, cuando la potencia del motor en tal grado supera al móvil, que la posibilidad de este queda totalmente sometida. Mas como la posibilidad de la voluntad se refiere al bien universal y perfecto, no está sometida á bien alguno particular, ni en consecuencia es movida necesariamente por él.» Sólo «el bien infinito mueve necesariamente la voluntad» ([2]).

A la manera que en la vasta region de la naturaleza los agentes meteorológicos, teniendo por fin el activar la vida de todos los séres corruptibles, extienden sobre todas las acciones de los mismos su bienhechora virtud; á la manera que por atender el rey al bien comun de la nacion, ejerce su imperio sobre los gobernadores de las provincias y ciudades, quienes sólo miran por los bienes particulares; y en fin, á la manera que por corresponder al piloto dirigir la nave al puerto, pertenece al mismo mover y dirigir todas las maniobras necesarias para conseguir ese fin: así tambien por navegar la voluntad, como en propias aguas, en el mar vastísimo del bien general, extiende su comunicacion y dilata su imperio hasta aquellas facultades más apartadas que limitan sus actos á los bienes particulares: Que sólo el órden unifica y da

(1) *Summa Theologica* 1.ª q. 82. a. 2 ad 2.m
(2) 1. 2. q. 10. art. 2 et 3.

vida á la multitud, siendo ley general que tras muchedumbre de energías desordenadas, viene la confusion y la muerte, las cuales no son jamás obra de la naturaleza. Esta siempre tiende á conservar la armonía, sujetando lo inferior y menos principal á lo superior y más noble: así la materia obedece al alma; las potencias inferiores obedecen á las superiores; y las superiores obedecen á Dios. Tal es el órden que exige la ley admirable de la Providencia divina.

Mas como entre las potencias superiores del alma, á sola la voluntad pertenece el unirse y en cierto modo identificarse con la realidad de su objeto, que por abarcar toda clase de bienes comprende tambien las mismas actividades del alma como cosas buenas que son; de ahí que sea la única facultad poderosa para influir y extender sus actos sobre todas las fuerzas del alma, la única capaz de ponerlas en ejercicio. La experiencia externa nos lo confirma todos los dias; la conciencia da testimonio infalible de ese dominio; y el sentido comun, verdadera expresion de la razon humana, al calificar nuestros actos deliberados por el amor que en ellos predomina, lo afirma con tanta evidencia, que sería supérfluo pretender aclararlo con argumentos más convincentes.

Sentado pues que es la voluntad potencia nobilísima y la primera, como dice Santo Tomás ([1]) en el órden de los agentes ó fuerzas motoras del alma, fácil nos será comprender el procedimiento que sigue para buscar su objeto adecuado, el bien supremo, al cual aspira en todos sus

(1) Divus Thom. *Summa Theol.* 1.ª 2.ae Q. XVII. Primum autem movens in viribus animæ ad exercitium actus est voluntas. Et in 3.º Distin. Q. XXVII. q. 1.ª 1. Quando affectus vel appetitus omnino imbuitur forma boni, quod est sibi objectum, complacet sibi in illo, et adhæret ei quasi fixum in ipso..... Unde amor nihil est aliud quam quædam transformatio affectus in rem amatam. Et quia omne quod efficitur forma alicujus efficitur unum cum illo; ideo per amorem fit unum cum amato quod est forma amantis.

actos. Como tiene á sus órdenes las demás potencias, éstas siguiendo su mandato se mueven en busca del bien comun, por ella tan codiciado. La imaginacion representando todos los objetos percibidos por los sentidos externos ofrece sus imágenes al entendimiento, que en ningun sér creado, ni material ni incorpóreo, contempla el objeto que saciar pueda la voluntad: mira y ve ([1]) que no es el objeto que busca la belleza corporal de armoniosos contornos, ni la reputacion que da el tiempo, ni el cándido brillo de la luz, ni las dulces y tiernas melodías del canto, ni la fragancia de los perfumes y ungüentos, ni el maná, ni la miel, ni abrazos de hermosura creada; y no obstante conoce que busca cierta luz, cierta voz, y cierto olor, y cierto manjar, y ciertos abrazos del alma.

Pregunta entónces á la mar, á los abismos y á los animales que viven; y todos á una responden no ser ellos el bien anhelado de la voluntad: pregunta á las blandas brisas y al aire con todos sus habitantes; y responden que tampoco son ellos el bien que ansía: pregunta al sol, á la luna y á las estrellas; y le dicen que sobre ellos está el preciado objeto capaz de llenar los senos todos del alma. Pregunta de nuevo el entendimiento á todas las criaturas; ya que vosotras no sois el sér que busco, decidme donde está; y todas juntas responden: Él mismo nos hizo: Dios es el bien que buscas, y la hermosa regularidad y armonía de nuestras formas, indican claramente donde está el ser que todas las compendia en grado supremo.

Y al ver la razon humana que todos cuantos bienes están á su alcance, son bienes transitorios y efímeros, sin necesario enlace con el único bien capaz de saciar el alma, desfallece un momento en vista de tantas dificultades y

---

(1) S. Agus. *Confes.* lib. 10 cap. 6.

de su propia flaqueza, para recobrar luego nuevos brios alentada por su tendencia natural hácia Dios.

Que si el ciervo sediento desea la fuente de las aguas para refrigerar en ellas su sed, no de otro modo la voluntad anhela dar con el goce del bien algun refrigerio á su alma; y en la imposibilidad de poder conseguirlo de una manera cabal y completa, obrando sobre el entendimiento hace que le ofrezca siquiera algunos bienes particulares que, presentados de una manera universal conforme á su modo natural de entender, son admitidos ó rechazados por la voluntad segun sean convenientes ó perjudiciales al fin intentado. Y áun cuando la voluntad los admita como apropiados al fin, conserva no obstante su libertad de eleccion para rechazarlos, á causa de que los séres existentes en la naturaleza tienen siempre un modo de ser finito amoldado á condiciones y circunstancias tales, que pueden muy bien, en casos determinados, ser contrarias á otros bienes que atraen poderosamente su aficion. Esta es una verdad que nos revela la experiencia propia y agena, al atestiguarnos incesantemente que la prudencia humana rechaza muchas veces en la prosa de la vida práctica, lo que admite en absoluto y en las poéticas regiones de la teoría.

Por eso aun en la suposicion de que el objeto se presente á la voluntad de una manera concreta y determinada, queda no obstante esta potencia absolutamente libre para admitirlo ó rechazarlo á su antojo, en virtud de que todo bien particular es finito y limitado en su esfera, y no existe en el mundo corpóreo un bien que realize el tipo ideal de su respectiva naturaleza, que encierre en sí la síntesis de todas las perfecciones repartidas en la infinidad de individuos que gozan de una misma especie.

Puede luego la voluntad, que tan alto imperio ejerce

sobre el entendimiento, obligarle á que considere separadamente en las cosas, ya el bien individual que tienen, ya la imperfeccion aneja á su particular condicion. Si el entendimiento las mira bajo el punto de vista de su perfeccion, el objeto es presentado á la voluntad como bueno, y naturalmente, apetecible, siempre que sea adecuado á las circunstancias en que el hombre se encuentra. Mas si el entendimiento aplica toda su virtud á considerar el sér únicamente bajo el punto de vista de su imperfeccion, aneja siempre á la condicion de toda naturaleza sensible ó material, entónces la voluntad no puede admitir el objeto que como malo le es presentado, viéndose por necesidad obligada á rechazarlo como del todo contrario á la bondad término esclusivo de sus acciones.

Pero cuando esta potencia anhela por un objeto cualquiera, natural es ejerza el dominio que tiene sobre el entendimiento, aplicándole á considerar las cosas bajo el punto de vista más conveniente á sus inclinaciones. A este propósito dijo el Filósofo ([1]): *qualis unusquisque est talis finis videtur ei:* á la voluntad le parece siempre conveniente y apetecible todo aquello que es conforme al fin intentado.

Sentencia confirmada y explicada por Santo Tomás en las palabras siguientes: «Cuando una potencia es movida por su objeto, debe considerarse la razon especial que la mueve: lo visible mueve á los ojos bajo la razon de color actualmente visible. Ved por qué, en cuanto el color se ofrece á la vista, esta potencia necesariamente lo ve, á no ser que alguno aparte ó cierre los ojos, lo cual ya pertenece al ejercicio del acto. Mas si se propusiera á la vista una cosa que mirada por un lado fuese colorada y por otro no tuviera color alguno, entónces aunque la vista

(1) Aristóteles, III Ethicorum c. XIII.

lo tuviera presente no veria necesariamente el objeto, porque podría mirarlo por el lado que no es colorado. Siendo pues lo colorado tan objeto de la vista, como lo bueno lo es de la voluntad, si se propone á esta potencia un objeto que sea bueno universalmente y bajo todos aspectos, la voluntad siempre que obre se inclinará necesariamente á dicho objeto por serle imposible querer lo opuesto. Mas si se propone á esta potencia una cosa que no sea buena bajo todos aspectos, no se inclinará á ella necesariamente, porque podrá el entendimiento considerar el punto de vista imperfecto y presentar dicho ser á la voluntad bajo esa consideracion» (1).

De lo cual claramente se infiere, que la voluntad es libre en la eleccion, «porque el defecto de cualquier bien »tiene razon de no bien ó de mal; por tanto sólo aquel »bien es perfecto al cual nada le falta, como es la biena»venturanza, la cual incluye tal razon de bondad que la vo»luntad no puede rechazarla. Todos los otros bienes parti»culares, cualesquiera que sean, pueden tomarse como no »buenos, en cuanto algo les falta. Conforme á esta consi»deracion la voluntad, que puede inclinarse á una misma »cosa segun distintas consideraciones, puede rechazar ó »aprobar los bienes que le apetezcan.»

Evidente es por lo tanto que esta potencia ciega, cuyo objeto es el bien, sólo puede admitir aquello que le es presentado como bueno por el entendimiento; si apetece muchas veces lo malo, es porque vencido primero el entendimiento, ya de su imperfeccion natural, ya del desarreglado apetito, cae en poder de la ignorancia ó del error, que son la causa inmediata de que presente á la voluntad con los caracteres de bueno, aquello que tan solo

(1) Divus Thomas, 1.ª 2.ae q. 10 a. 2. Puede tambien leerse á Balmes, *Criterio* cap. XIX, 7.º

lo es en las apariencias. Muy á propósito dice Campoamor que «quien sabe bien, quiere bien...; la libertad moral está en razon directa de la inteligencia é inversa de la pasion. Es libre todo aquel que puede elegir el bien moral, y puede elegir el bien moral, el que lo puede conocer. Sólo el conocimiento infinito tiene libertad infinita; por eso Dios hace todo lo que quiere y quiere todo lo que debe» (1).

Y al contrario por ser el hombre de limitada comprension y verse con frecuencia obligado á caminar entre sombras, conoce muchas veces el bien de una manera tan imperfecta, que le ocasiona deficiencias sin cuento, unas veces ocasionadas por el error, y otras por voluntaria ignorancia mezclada de claro conocimiento de la malicia de sus acciones. ¡Ignorancia y claro conocimiento!... contradiccion aparente que se explica muy bien, si consideramos que cuando el hombre obra de esta manera, debemos distinguir en él dos actos intelectuales simultáneos y realmente contrarios: uno general, que intima al ladron la prohibicion de apropiarse lo ageno, otro particular concreto y determinado á las circunstancias presentes, que le indica y aconseja ser en aquel entónces accion provechosa, despojar á su semejante de los bienes lícitamente adquiridos. Nadie obra intentando lo malo, afirma Santo Tomás con el autor de los *Nombres Divinos*, porque áun cuando obramos el mal intentamos el bien que al mismo acompaña (2). Todos los dias se ofrecen á nuestra vista

(1) Campoamor. *Lo Absoluto*, Etica cap. 1.º

(2) QQ. disput. *De Verit.* 24 art. 2. Quod quando appetitus videatur cognitionem non sequi, hoc ideo est quia non circa idem accipitur appetitus et cognitionis judicium: est enim appetitus de particulari operabili, judicium vero rationis quandoque est de aliquo universali, quod est quandoque contrarium appetitui. Sed judicium de hoc operabili, ut nunc, numquam potest esse contrarium appetitui: qui enim vult fornicari, quamvis sciat in universali fornicationem malum esse, tamen judicat, sibi, ut tunc, bonum fornicationis actum et sub specie boni ipsum eligit.

confirmaciones de esta verdad; á todas horas la vemos traducida en hechos.

Es principio general y admitido por todos los hombres, el que nadie debe perjudicar á su prójimo, ya que la ley natural á nadie permite querer para este lo que no desea para sí mismo; y no obstante en la práctica sucede frecuentemente todo lo opuesto. Los hombres en su inmensa mayoría buscan su propio bien, y al encontrarlo pocos son los que se ocupan de si la adquisicion de éste perjudica ó nó á su prójimo, pocos son los que reparan en las consecuencias tan claramente inferidas del principio admitido; antes al contrario con una conviccion que asombra por la manifiesta contradiccion que envuelve, los vereis completamente persuadidos asegurar que es prudentísimo su modo de proceder, que es imbecilidad suma el obrar de otra manera, no pensando en si arruinan á su semejante y aún á familias enteras, con tal de enriquecerse á sí mismos, de salir de un grave y culpable apuro ó de vengar, como dicen, su fama y su honor.

Verdad igualmente inconcusa es que el hombre debe cumplir sus promesas y observar las leyes y costumbres legítimas de la sociedad á que pertenece ó del empleo que ocupa; y no obstante no es raro observar que siendo uno exacto en el cumplimiento de esos deberes obtiene á veces el desprecio de sus semejantes, y con una persuasion que por lo absurda raya en lo incomprensible, hay quien sostiene ser tonta ridiculez el obrar de semejante manera, probando su aserto con argumentos tan ajenos de toda razon como saturados de apasionamiento.

¡Tanta es, señores, la miseria y las absurdas contradicciones á que arrastrado de su pasion el hombre se precipita!

Con más profundidad que exactitud dijo el elocuentí-

simo Donoso, que el hombre era naturalmente inclinado al error. Y en efecto, si toda accion inmoral, aparte la malicia de la voluntad, supone ilusion del entendimiento, puede afirmarse que el hombre, inclinado al mal por su viciada naturaleza, tiene hasta cierto punto una especie de propension á equivocarse. De modo que cuantas veces, con repugnancia ó sin ella, extiende el imperio de su voluntad á acciones que ve claramente ser malas, es porque el entendimiento seducido por el apetito ve como buenos los actos necesarios para conseguir bienes amados con preferencia; es porque el entendimiento cree más provechoso ejecutar una accion prohibida, que privarse de un bien que antepone á todo mandato; es porque la voluntad, poniendo su último fin en el bien aparente, manda á la razon sacrifique en aras de éste su conocimiento del bien verdadero. Y en fin, hasta cuando el hombre obra el mal por sólo el gusto de ejercer su libertad, aún entónces procede de aquella manera; porque juzga el entendimiento preferible á todo bien presente el ejercicio ó abuso de su libre albedrío ([1]).

Resumiendo lo dicho tenemos que Dios es causa exterior del libre albedrío, porque su voluntad poderosa y eficacísima crió de la nada nuestra alma dotándola de aptitud para moverse á su arbitrio como substancia espiritual, lo cual hace sea esta la causa remota é intrinseca de la libertad. Y porque así como el viviente corpóreo sólo puede ejercer sus movimientos mediante las fuerzas orgánicas que en él residen; de semejante manera nuestra alma sólo consigue desenvolver su actividad espiritual mediante las potencias inmateriales que emanan de su esen-

(1) Gotti. De ultimo fine ubi explicat proverbium: sit pro ratione voluntas. Id est sufficit ipsa delectatio vel exercitium libertatis, ut intellectus omni alia honesti ratione seclusa judicet (sive vere, sive falso) oportere hic et nunc sic eligere.

cia, mediante la actividad intelectiva que por la universalidad de su conocimiento alcanza la nocion del bien comun y juzga por comparacion de los bienes inferiores. Siendo esta la razon porque el entendimiento es causa próxima de la libertad, que á su vez reconoce como sujeto la facultad volitiva capaz de inclinarse á todo objeto bueno, poderosa para obligar al entendimiento á que le presente como acceptable lo que ella apetece.

Determinado ya el orígen de la libertad, fácil nos será demostrar, si es atributo esencial de la voluntad el querer el mal.

(2) DIVUS THOMAS, 1.ª 2.ae q. 17 art. 1. ad 2. Quod radix libertatis est voluntas sicut subjectum; sed sicut causa est ratio: ex hoc enim voluntas potest ad diversa ferri, quia ratio potest habere diversas conceptiones boni. Et ideo philosophi definiunt liberum arbitrium, quod est liberum de ratione judicium, quasi ratio sit causa libertatis.

II

EN todos tiempos los hombres en uso de su libertad, han obrado ya de acuerdo con el dictámen de la razon ya contrariándolo: pero como la perfeccion y la imperfeccion, el bien y el mal suelen ir mezclados en este mundo, ocúrrese al filósofo esta pregunta: ¿la facultad de obrar el mal debe considerarse como esencial á nuestra libertad, ó es mas bien un defecto? Tal es el punto que vamos á examinar.

Filósofos renombrados afirman ser esa facultad esencial á nuestro libre albedrío, el cual segun ellos, es tanto más perfecto en una sociedad, cuanto mayor independencia tienen los individuos para emitir todas sus opiniones y obrar conforme á sus deseos. Es verdad que, asustados al considerar la sima profunda que abren á los piés de la humanidad, minando con sus principios los cimientos del órden moral y social de los pueblos, tratan esos sabios de restringirlos en la práctica explicándolos de varias maneras.

Caen en este error grandemente pernicioso y transcedental, por estudiar la libertad humana, de la misma manera que si analizaran los esenciales constitutivos de cualquier sér corpóreo: olvidan el papel de filósofos para descender al de experimentadores químicos; y de la mera observacion de nuestras libres acciones, del hecho desnu-

do y por desgracia en todo tiempo experimentado, quieren por sola induccion sacar leyes fijas y constantes que nos dén á conocer la naturaleza del libre albedrío. Acostumbrados á clasificar y determinar las esencias de los séres orgánicos animales ó vegetales por las acciones sensitivas ó vegetativas que en ellos se observan, quieren tambien calificar y determinar la esencia del libre albedrío, por la facultad que tiene el hombre de obrar contra el dictámen de su razon, por el poder que ejercita cuando, hecho juguete de viles pasiones, se envilece y degrada hasta el extremo de hacerse algunas veces de condicion inferior á los brutos. Seguramente no analizarían de esa manera la libertad humana, si uniendo al procedimiento experimental el estudio *à priori*, se hubieran antes persuadido de que tiene su orígen en la razon, de que somos libres porque nuestra alma se eleva á infinitas distancias sobre todo lo material.

«Todos los autores antiguos y modernos, dice Tiber»ghien, que han establecido por induccion doctrinas mo»rales y políticas, llegan por distintos senderos al resul»tado comun, de que las leyes de la moral y de la so»ciedad dependen de las circunstancias exteriores, clima»tológicas y fisiológicas, en el seno de las cuales viven »los pueblos. Confunden lo que es y lo que debe ser, la »Historia y la Filosofía, el órden físico y el moral, y ase»mejan más ó menos el desenvolvimiento del hombre al »desarrollo del animal ó de la planta» ([1]).

Mas si los actos que el hombre ejecuta en virtud de su libertad, son esencialmente diferentes segun los climas, los tiempos y hasta segun los diversos grados de civilizacion y cultura; debe tambien, conforme á este prin-

---

(1) *Elementos de Ética*. Traduccion de D. H. Giner.

cipio, variar con la diferencia de acciones la esencia de la libertad. Así nos lo asegura Freixas en las siguientes palabras: ([1]) «La moral, lo mismo que la legislacion y las costumbres, varía y se cambia en los pueblos segun los tiempos, los climas, y los grados de cultura, así como son diversas las ideas, los sentimientos y el carácter de los individuos»: y confirmando con la autoridad de Vico su aserto, añade: «Las sociedades, segun Vico, pasan y giran constantemente por una especie de círculo fatal de tres edades ó épocas, la divina, la heróica y la humana. A estas tres edades corresponden otras tantas costumbres, ideas, é instituciones, otras tantas especies de derechos naturales».

De suerte que al decir de esos filósofos, la libertad del salvaje, y por lo tanto el derecho natural que es su regla, será esencialmente diferente de la libertad del hombre civilizado: y segun los diversos grados de civilizacion, deberán tambien distinguirse diversos derechos naturales y diversa libertad. A una especie pertenecerá el derecho del noble, y á otra el del hombre vulgar; una será la libertad del campesino y otra muy diferente la del culto ciudadano; tendremos en fin, tantas especies de libertad y tantos derechos naturales, cuantos son los climas y los grados de cultura y civilizacion, y hasta en un mismo hombre variarán, segun el clima que habite, y segun la educacion que reciba en las distintas edades. Absurdo cuyas consecuencias no asustan á muchos políticos modernos: así el célebre Holtzendorff asegura que «á medida que la conciencia popular se va compenetrando del espíritu crítico de las investigaciones históricas, toma incremento la creencia de que no puede existir jamás un derecho na-

(1) *Socialismo Teocracia* t.º 2.º pág. 568.

tural perfecto, inmutable, igual para todos los hombres, como queria la antigua filosofía del derecho, ni es probable llegue á existir nunca mientras las relaciones de la vida humana estén sujetas á las transformaciones históricas» (1).

De modo tan lamentable confunden la Metáfisica con la Historia, el hecho con lo que debe ser, lo mudable y contingente con lo necesario é incorruptible, el Derecho Natural con su ignorancia mayor ó menor en individuos y hasta en razas del humano linaje. Y lo más extraño es que muchos de los políticos que defienden proposicion tan deficiente en buena filosofia, intentan sin embargo asimilar hombres y pueblos que por la variedad de climas y educacion tienen, segun ellos mismos afirman, libertad y derechos naturales esencialmente distintos y hasta opuestos. El absurdo de semejante doctrina aparecerá si demostramos ser mutable nuestra libertad, y ser imperfeccion de la misma el obrar lo malo.

En efecto, porque Dios es simplicísimo espíritu, plenitud de inteligencia y causa eficiente y ejemplar de todo cuanto existe, contiene en su esencia de altísima manera las formas típicas de todos los séres, y conoce de una manera inefable toda verdad: y porque Dios es Bien Supremo, origen y manantial fecundo de todo bien, ha ordenado á Sí mismo como á su propio fin todo cuanto existe en el mundo. Y siendo el fin la causa que mueve á los agentes libres para obrar, la Bondad Infinita, fin supremo de todo cuanto existe, deberá ser el principio y el término de todas las expansiones de las voluntades. Ahora bien, la Bondad suma de Dios se identifica con su Inteligencia, y la Inteligencia con su Voluntad, y la Voluntad con su

(1) *Principios de Política*, lib.º 3.º Fin del Estado.

Esencia, y por efecto de esta infinita perfeccion sólo Él por naturaleza propia no puede querer el mal opuesto á la suma Bondad. Que el mal es carencia de bien, y la carencia de bien, cuando es voluntaria y por tanto culpable, es peor que la nada.

Y si el defecto moral en el hombre arranca de la imperfeccion de su inteligencia y de su voluntad, como ya queda dicho, ¿quién duda que ese Dios de Bondad infinita, puede extender su largueza hasta el extremo de inundar con su luz espiritual y divina los entendimientos de los séres dotados de voluntad deficiente; hasta el extremo de conseguir que esa voluntad débil, fortificada con gracia especial, sea incapaz de producir ilusiones engañosas en entendimientos tan claros; hasta el extremo de que sea imposible proponga la razon como bueno á la voluntad lo que es contrario á la ley natural, impresion verdadera de la ley eterna de Dios? Y ¿quién que considere á un hombre privilegiado con la imposibilidad de comprender las cosas de distinta manera de lo que son, é incapaz por tanto de aprender como bueno lo malo, y como malo lo bueno, caerá en la demencia de tenerle por inferior en perfeccion á sus semejantes? No, señores, ese hombre, cuyo entendimiento no sería ofuscado, porque torrentes de luz celestial lo iluminarían; ese hombre cuya voluntad estuviera robustecida con gracia tan singular, sería tanto más perfecto y libre, cuanto más incapaz de error y más impotente para amar lo contrario á la recta razon.

Concluyamos, pues, que á un entendimiento infalible es consiguiente una voluntad exenta de todo defecto; y que la voluntad defectuosa supone como condicion esencial un entendimiento capaz de error.

Reservado estaba á nuestra civilizacion desnivelada por el asombroso progreso en los intereses materiales, el

sostener que es esencial al libre albedrío del hombre la facultad de obrar el mal, y como esta se ejerce ya atentando al derecho ageno, ya arrancando á la inocencia su velo angelical, ya cometiendo otros desmanes, pueden fácilmente inferirse las consecuencias con solo tener presente, que toda potencia se perfecciona con los actos propios de su naturaleza.

A pesar del dicho comun de que no hay error que no haya sido enseñado por algun filósofo, no sé haya habido hasta el presente hombre alguno, que defienda ser el entendimiento humano tanto más perfecto cuanto cae en mayores errores, ni creo pueda á nadie ocurrir sea la facultad de equivocarse perfeccion de nuestra razon; y sin embargo, este es el absurdo en que caen cuantos defienden ser esencial á nuestra voluntad libre la potencia de querer el mal.

Pero contra tan original modo de discurrir, clama y clamará incesantemente la conducta de los mismos defensores de esta doctrina, quienes prácticamente la rechazan, negando las consecuencias que de la misma se infieren: clama y clamará contra teoría tan absurda y perniciosa el sentido comun, voz verdadera de la naturaleza, al asegurar que semejantes actos no son más que señales ó defectos de la libertad, como la enfermedad y aún la muerte son signos de vida anormal ó extinguida, como la miopía es señal de vista debilitada, y la esclavitud evoca el recuerdo de una independencia que no se disfruta.

La verdad, repiten todos los filósofos, es al entendimiento, lo que el bien es á la voluntad. Y si la *libertad* se identifica con la voluntad á la manera que la *razon* se identifica con el entendimiento, podemos inferir facilmente por analogía entre estas dos facultades tan conexas el verdadero origen de la imperfeccion de la libertad, bastándonos tener presente la causa de los errores del entendimiento.

Si cuando un error intelectual proviene de la incapacidad de la razon, que no acierta á sacar consecuencias de los primeros principios, afirmamos que esta potencia es defectuosa; ¿porqué no inferimos que incurre tambien en defecto la voluntad, cuando se aparta de su fin verdadero y esclaviza al entendimiento obligándolo á caer en error? Muy á este propósito dice Aristóteles; que «sólo el hombre bueno es libre, pues el malo, aún que lo niegue, esclavo es de tantos señores cuantos son los vicios que tiene». «El que hace el pecado siervo es del pecado» dice tambien el Evangelio ([1]). En efecto ¿qué mayor degradacion puede haber para una potencia capaz de levantar su vuelo hasta las sublimes alturas del cielo, que verse convertida en juguete de una voluntad depravada que se mueve á todo viento guiada siempre por el impulso del bien que ama? ¡Misterios incomprensibles del corazon humano! ¡tanta miseria en medio de tan innegable grandeza!

Alguna explicacion no obstante se nos alcanza de tan raro fenómeno. Siendo finita la actividad del alma, cuando se aplica intensamente al amor de un objeto, quedan tan débiles las potencias restantes, que apenas pueden considerar ni conocer cosa distinta. Por este motivo cuando un sér ha conseguido llamar nuestra atencion y cautivar nuestra voluntad, ya es difícil creamos cosa contraria al juicio formado: amamos ya, y este amor nos hace ver todas las cosas en conformidad con nuestro deseo, que sólo por el lado favorable permite al entendimiento ver el objeto anhelado. Tal es el orígen de la suave pero fortísima servidumbre á que nos sujetan las preocupaciones y prejuicios, sean en favor ó en contra de ideas, de personas ó de cosas.

---

(1) San Juan. 8 34.

Confirmacion clara de que á pesar de la esclavitud á que nos someten las pasiones, nunca el obrar contra razon debe ser tenido como perfeccion del libre albedrío, es la constante experiencia, que nos enseña ser la nobleza de las cosas graduada por la perfeccion con que ejercen sus propias y distintivas operaciones. La planta es más perfecta, á proporcion que es mayor el vigor y la armonía de sus funciones vitales; el animal es tanto más excelente, cuanto es mayor la delicadeza con que practica las operaciones que le caracterizan: razon es que el hombre sea en consecuencia reputado tanto más noble y perfecto, cuanto mejor ejecute las operaciones del entendimiento y de la voluntad, cuanto más se aventaje en ciencia y en virtud, único ropaje que engalana nuestra naturaleza, y sublime aureola que, resplandeciendo en la frente de algunos séres privilegiados con la llama del genio y con los encantos de la santidad, nos los presenta en la historia como la flor escogida del humano linaje, como espejo brillante en que el Altísimo quiso reflejar para admiracion y ejemplo de sus hermanos, los dos grandes atributos del ser divino: la inteligencia y la bondad.

Queden pues relegadas al olvido las modernas teorías que intentan que el hombre labre su progreso por el abuso de sus más nobles potencias. El error y la ignorancia, el delito y el crímen serán siempre rechazados hasta por instinto por nuestra naturaleza, que con ninguna cosa se ennoblece y eleva tanto como con la buena voluntad tan dignamente encomiada por el célebre Kant, uno de los más distinguidos príncipes de la filosofía moderna.

«De todo lo que es posible concebir, dice el profundo autor del moderno criticismo, en el mundo, y en general fuera de él, no hay mas que una cosa que pueda tenerse por buena sin restriccion, que es una *buena* volun-

tad. La inteligencia, el juicio y todos los talentos del espíritu, ó el valor, la resolucion y la perseverancia, como cualidades del *temperamento*, son cosas buenas y deseables bajo muchos aspectos; pero estos dones de la naturaleza pueden ser extremadamente malos y perniciosos, cuando la voluntad que ha de hacer uso de ellos, y que constituye esencialmente lo que se denomina el *carácter*, no es buena; lo mismo sucede con los dones de la fortuna. El poder, la riqueza, el honor, la salud misma, todo bienestar y hasta esa completa satisfaccion que se llama *dicha*, todas estas cosas nos dan una confianza en nosotros, que degenera muchas veces en presuncion, cuando no hay una buena voluntad para impedir que ejerzan una perniciosa influencia sobre el espíritu, y para relacionar todas nuestras acciones con un principio universalmente legítimo. Agréguese á esto que un espectador razonable y desinteresado no puede ver con satisfaccion que todo sale bien á un sér á quien no adorna ningun rasgo de buena voluntad, y que ésta parece ser una condicion indespensable para merecer ser dichoso.

Hasta hay cualidades que son favorables á esta buena voluntad y pueden facilitar su accion, pero que, á pesar de esto, no tienen ningun valor intrínseco absoluto, porque suponen siempre una buena voluntad, que disminuye la estimacion que les concedemos, y no nos permite tenerlas por absolutamente buenas. La moderacion en los afectos y en las pasiones, el imperio de sí mismo y la sangre fria, no son sólo cualidades buenas bajo algunos puntos de vista, sino que parece que constituyen una parte del valor *intrínseco* de la persona; sin embargo, distan mucho de que se las pueda considerar como buenas sin restriccion, aunque los antiguos les hayan concedido un valor absoluto. En efecto, sin los principios

de una buena voluntad, pueden convertirse en malas, y la sangre fria de un malvado, no sólo le hace más peligroso, sino que nos parece, al punto, mucho más despreciable.

La buena voluntad no saca su bondad de sus efectos ó de sus resultados, ni de su aptitud para conseguir tal ó cual fin propuesto, sino sólo del querer, es decir, de sí misma, y considerada de este modo, debe ser estimada como incomparablemente superior á todo lo que puede ejecutarse por ella en provecho de cualquier inclinacion ó de todas juntas. Áun cuando una suerte contraria ó una naturaleza ingrata privasen á esa voluntad de todos los medios de ejecutar sus designios; áun cuando sus mayores esfuerzos no dieran algun resultado, y no quedase mas que la buena voluntad (y no entiendo por esto un simple deseo, sino el empleo de todos los medios que están á nuestro alcance,) brillaría aún por su propio esplendor, como una piedra preciosa, porque saca de sí misma todo su valor. La utilidad ó la inutilidad no pueden añadir ni quitar nada á este valor. La utilidad no es aquí más que como el marco de un cuadro que puede servir para facilitar su venta, ó llamar la atencion de los que no son competentes, pero no para recomendarlo á los verdaderos amantes del arte de la pintura ni para determinar su verdadero mérito» ([1]).

---

(1) *Razon práctica.* Traduccion de D. A. García Moreno.

III

CADA siglo tiene su carácter y sus ideas, cada pueblo sus costumbres, y cada hombre su modo de ser y pensar; y esta variedad de caracteres, de costumbres y de pensamientos que imprimen distincion y vida en los siglos, pueblos y hombres, son otros tantos caminos por los cuales la humanidad intenta llegar al logro de sus constantes y contínuas aspiraciones: la felicidad. Y esta felicidad, objeto supremo que naturalmente persiguen todos los séres, hácia el cual han caminado y caminarán siempre los hombres de todos los tiempos, no es otro sino su propio bien, su individual perfeccion. Todo cuanto existe, busca lo que ennoblecer y perfeccionar puede su naturaleza: todo se agita, se mueve y marcha á pasos precipitados hácia su perfeccion: el sér inorgánico la busca ciega y automáticamente; los vivientes irracionales por el instinto, mientras que el hombre dejado en manos de su consejo, mueve sus piés y dirige sus pasos guiado solamente por su razon y su voluntad.

La primera de estas nobilísimas potencias le fué dada para que iluminase los caminos de esta oscura vida mortal, mostrándole los objetos más convenientes á satisfacer sus varias y múltiples necesidades; la voluntad le fué otorgada para realizar todo cuanto el entendimiento le presenta como conducente á su perfeccion. De suerte que el enten-

dimiento es un perito que ordena y engrana las actividades de la humana naturaleza, á fin de que funcionen todas armónicamente; y la voluntad es la fuerza libre é impulsiva que las pone en accion, obligándolas á ejecutar sus mandatos y el órden establecido.

Pero siendo imposible al hombre satisfacer cumplidamente las exigencias de su vida física, intelectual y moral sin el concurso y auxilio de sus semejantes, la misma naturaleza le inclina á vivir en sociedad para que pueda proveer á las necesidades todas de su existencia.

Prueba evidente de ello la tenemos en esa nobilísima tendencia del alma que nos impele y arrastra al trato de nuestros semejantes; en esa efusion del pensamiento denominada lenguaje, concedida al hombre por el Creador, á fin de que trasmitiendo á otros por medio de la palabra, las ideas y los conceptos de la mente y los sentimientos y afectos del corazon, fusionemos en la unidad, la inmensa variedad de deseos y pareceres. «Como toda sociedad, es la civil la union de muchos séres dotados de entendimiento y de voluntad, quienes, dirigidos por el conocimiento de un fin que todos pretenden» ([1]), y que ninguno por sí solo puede alcanzar, se ven precisados á buscarlo concordemente, formando juntos una personalidad moral, cuyos miembros estan obligados á cooperar al bien comun de ésta, ó sea al mismo bien de los particulares.

«Progresar en una sociedad significa una marcha, dice el P. Félix, pero nó una marcha cualquiera, hácia atrás ó hácia afuera, sino una marcha hácia adelante. Si pues progreso significa una marcha hácia adelante, nada difícil es decidir lo que esa marcha ha de ser en realidad. Una marcha hácia adelante es una marcha hácia el fin; del mismo

---

(1) TAPARELLI. *Derecho Natural.* T. 1.° lib. 2.° cap. 1.°

modo que una marcha hácia atrás es una marcha que huye del fin» ([1]). Como imposible sería que abandonada la nave al impulso de vientos encontrados, llegase al puerto; así la sociedad no alcanzaría tampoco su fin, si juguete de las distintas y opuestas opiniones, no hubiera quien le trazase el rumbo en el mar borrascoso de las pasiones humanas.

En toda muchedumbre ordenada debe haber siempre un principal motor que la dirija, y este agente es en la sociedad lo que el piloto en la nave, lo que la cabeza en el cuerpo, el encargado de ordenar y reunir las diseminadas actividades individuales, y aplicarlas con energía y sagacidad al logro del bien supremo de la sociedad. Nada hay tan necesario para conseguir este fin, como la union de los miembros con su cabeza, como «la unidad y la paz, sin las cuales queda, como dice Santo Tomás, sin utilidad la vida social: antes al contrario la muchedumbre en discordia se hace á sí misma peligrosa» ([2]). Gran sabiduría se requiere por tanto para la aplicacion de esas actividades unidas; si ésta falta, en vez de conseguir la unidad y la paz, en vez de dirigir al puerto la nave social, perdido el rumbo encallará en ignorado vajío, ó despues de muchos rodeos correrá inminente riesgo de tropezar con un escollo, sucumbiendo con tanta mayor violencia cuanto mayor sea la rapidez de su carrera. No pequeña es por tanto la responsabilidad de los que mandan, si no aciertan á escitar la multitud á la union, para dirigir con sabiduría la sociedad al bien comun de sus individuos; si no saben proporcionarles los demás medios eficaces para conseguir su perfeccion. El progreso político estará consiguientemente en razon directa de la mayor ó menor

---

(1) Conferencias del P. Félix. Año 1856 Conf.ª 3.ª
(2) *De Regimine Principum*. lib. 1. cap. 2.

suma y eficacia de medios que se faciliten á los asociados para conseguir su bien propio, fin á que la naturaleza ha ordenado la sociedad.

Que si las sociedades mercantiles adelantan á proporcion de los medios que poseen para dar mayor actividad é impulso á sus negocios; si los centros científicos florecen á medida que ahuyentan las sombras del error y difunden la luz sobre las inteligencias; tambien la sociedad marcha hácia adelante, cuando derrama el bienestar en sus individuos y labra la felicidad del mayor número de asociados.

Peregrinas por demás, por no llamarlas absurdas, fueron las doctrinas de ciertos filósofos y políticos acerca del constitutivo de la felicidad humana. Quienes la hacian consistir en el poder y la gloria, quienes en la fama y en los honores, éstos en la abundancia ó riqueza, aquellos en los deleites y goces del cuerpo; sin caer en la cuenta que la instabilidad que necesariamente acompaña á todos esos bienes, la zozobra y congoja que producen en aquellos que los poseen, y sobre todo la inferioridad y bajeza que tienen respecto al sujeto que con su posesion debieran engrandecer, hacen que el hombre que tiene verdadero concepto de su dignidad, no sólo no se afane por buscarlos, sino que llegue hasta mirarlos con desden y con desprecio.

Y porque la perfeccion completa del hombre, además de la posesion real de todo cuanto le eleva y engrandece, exige firmeza y perenne estabilidad del bien que aquieten y satisfagan cumplidamente todas sus legítimas inclinaciones; y porque semejantes condiciones sólo las puede tener un bien acabado que sea luz purísima para el entendimiento, y alimento de suave deleite para la voluntad; por ese motivo, ese bien perfecto y acabado, es el único

que puede saciarle y calmar de alguna manera los vehementes deseos que hacen gravitar todas las fuerzas y energías del alma hácia ese ideal de perfeccion, en el cual está cifrada la humana felicidad.

Si triste experiencia enseña que nadie ha podido en esta vida alcanzar esa perfeccion de una manera cumplida; tambien la razon y la autoridad nos demuestran, que se ha concedido al hombre facultad de conseguirla y gozarla al menos de un modo imperfecto.

Ya hemos dicho, y repetimos con el malogrado Moreno Nieto y los más célebres filósofos; que la sociedad «debe estimarse principalmente como la forma creada para la realizacion del fin de todos los individuos»... «Cada uno debe conservar su personalidad y servirse del organismo social para desarrollarla y enaltecerla» (1). Consecuente es por lo tanto, progrese á medida que aumenta la suma y eficacia de medios para conseguir la aspiracion suprema de los miembros sociales, la perfeccion de su vida racional ó humana.

Pero este supremo deseo, este bien que llena sus ánsias no lo alcanza el hombre cuando la sociedad le suministra tan sólo plenitud de medios materiales para perfeccionar su vida física, sino cuando estos medios tienen la subordinacion armónica que exigen las superiores potencias del alma á que se ordenan, y que deben ser consideradas á manera de astros céntricos, á cuyo alrededor giran como planetas las demás facultades, sostenidas por la mútua atraccion y principalmente por la influencia de la actividad que á todas supera y como punto céntrico las sostiene, siendo á la vez por las mismas conservada en su equilibrio durante la existencia terrena. Unas fuerzas hu-

(1) Discurso sobre el *Problema Político.*

manas ejercen influencias en otras, debiendo ser todas dirigidas por la vida racional á la que las demás actividades se ordenan.

No otra es la razon porque el progreso material ordenado al ejercicio y perfeccion de la vida física, debe estar armoniosamente subordinado al progreso de la vida racional ó humana. Y así como ocasiona la muerte de las plantas la excesiva absorcion de alimentos cuando es improporcionada á su circulacion y asimilacion, y un extraordinario desarrollo de la vida vegetativa perjudica al debido desenvolvimiento de las funciones del animal, pudiendo llegar á ocasionarle la muerte; de semejante manera, el desarrollo del progreso material de la sociedad, cuando no está proporcionado al de su vida racional, establece tal desequilibrio en las funciones de sus miembros, que en vez de caminar al progreso camina á su disolucion y á su muerte, á proporcion que crece la discordancia entre las distintas manifestaciones de la actividad social.

Nada por consiguiente más absurdo, que pretender asimilar en el órden físico y político á pueblos que, por la variedad de razas, de climas y de costumbres, tienen tambien civilizaciones y necesidades diferentes, siendo por lo tanto su perfeccion racional completamente distinta. El afan de conducirlos precipitadamente á esta asimilacion, el prurito de implantar en unas sociedades lo que sólo es adecuado á otras costumbres, son la causa de grandes trastornos y retrocesos, en medio de una apariencia deslumbradora de verdadero adelanto.

¿Qué sucedería en efecto si, para civilizar á los salvajes de nuestras montañas, empezaramos enseñándoles á usar debidamente de la variedad de manjares y exquisitos licores? Imposible sería que se contuvieran en los justos límites de la templanza. Creer posible en ellos la moderacion, equi-

valdría á suponerlos no ya salvajes, sino dotados de una civilizacion y de una vida humana más perfecta, que los que constituyen la masa del pueblo en las naciones europeas.

¿Y qué resultados tan funestos no obtendríais, si además de poner á disposicion de esas tribus todos los placeres y distracciones de nuestras ciudades, y haberles instruido en el manejo de nuestras máquinas, entregárais á su arbitrio la pólvora, las armas de tiro rápido, la dinamita, los líquidos incendiarios y todos los elementos de destruccion conocidos? No tengo necesidad de contestar á esta pregunta; meditadlo un momento, y recordad las saludables enseñanzas que nos revela la historia de aquellos pueblos, en donde revoluciones populares han encumbrado al poder, no ya á hombres salvajes, sino á gente plebeya de rudimentaria instruccion intelectual y moral. Cuando el hombre sin cultura se ve elevado á un alto puesto, dueño de recursos en que jamás habia soñado, la propia conciencia de su pequeñez le mueve á imponerse y hacerse notable por su barbarie, ya que no por sus nobles cualidades.

Consecuencia clara de todo lo dicho es que en la sociedad como en el hombre y en toda la naturaleza, el progreso ó adelanto inferior debe estar armónicamente ordenado y sujeto al superior; y por lo tanto el progreso físico ó material al racional ó humano.

Aun dentro de las teorías positivistas esta conclusion se impone; pues si el hombre presenta el último grado de la evolucion cósmica, y en ésta la orgánica es más perfecta que la mineral, como la que se verifica en las sociedades humanas es tambien superior á la transformacion simplemente superorgánica, siendo los elementos principales de la evolucion social las ideas y los sentimientos, como dice Spencer ([1]),

---

(1) *Principios de Sociologia.* Tom. 1.º cap. XXVII.

fácil es deducir que ideas y sentimientos deberán dominar en la sociedad, y no ser dominados. Conforme con este razonamiento escribe un célebre novelista de nuestra pátria: «Pero tal estudio (de los instintos y pasiones humanas) tiene sólo para mí un valor histórico, porque si el hombre procede de la animalidad, cada dia se aparta de ella, y en esto, no en otra cosa, consiste el progreso. Venimos cierto de lo inconsciente, de lo necesario, pero marchamos á lo racional, á lo consciente y á lo libre. El estudio, pues, de todo lo que se refiere al espíritu racional, libre y consciente, como explicacion de otra gran parte de los actos humanos, los únicos nobles y dignos, es muy superior al primero. Es más interesante estudiar al hombre como hombre que como animal, aunque otra cosa piense la escuela naturalista» ([1]). Cuestion por lo tanto de sumo interés ha de ser el averiguar en qué consiste y cómo se perfecciona la vida racional y humana.

La razon propia de la vida, dice Santo Tomás ([2]), consiste en que un sér pueda moverse á sí mismo, y decimos privado de vida al sér que no puede moverse sino en virtud de un principio externo ([3]); y siendo, segun hemos sentado, muy varios los movimientos intrínsecos del alma humana, deben tambien ser muy varias las manifestaciones de vida que en el hombre se observen. Noble, como dice Shakespeare, por su razon, infinito por sus facultades, admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos, semejante en su accion á los ángeles, y á Dios en sus concepciones, maravilla en fin del mundo, y tipo el

---

(1) Prólogo de Armando Palacio Valdés en *La Hermana San Sulpicio.*

(2) Illa propriè sunt viventia, quæ seipsa secundum aliquam speciem motùs movent. *Sum. Theol.* 1. q. 18. a. 1.°

(3) Propria ratio vitæ est ex hoc, quod aliquid est natum movere seipsum.... Ea enim sine vita esse dicimus, quæ ab exteriori tantum principio moveri possunt.—D. Thomas. In 2.° de Anima lect. 1.ª

más perfecto de los séres animados; compendia en grado eminente sin confundirlas las perfecciones vitales de todos los vivientes corpóreos.

En efecto; en él están comprendidas las actividades inmanentes que elevan la materia orgánica al órden superior que constituye la vida del vegetal: en él encontramos las fuerzas intrínsecas que elevan la vida vegetativa al órden sensible y determinan la vida animal; y finalmente, propios y exclusivos del hombre son aquellos actos inmanentes, mediante los cuales la vida sensitiva ó animal se reviste del órden de la racionalidad y que constituyen las acciones calificativas de la vida humana.

De aquí resulta que, á la manera que la planta cuando se rinde á las fuerzas de los agentes materiales que debia asimilar, pierde su unidad y equilibrio y con ellos se extingue su vida; y el animal cuando no puede unir con los actos de las facultades sensitivas los actos de la vida inferior en él existente, pierde por lo mismo en sus potencias el órden y el equilibrio y al propio tiempo el ser sensitivo; así tambien, cuando el hombre deja de elevar al órden racional las fuerzas vitales propias de su naturaleza, se altera la unidad armónica que entre las mismas debe existir, y aumentando la division y el desórden, la vida racional cae en poder de la muerte.

De suerte que la facultad destinada en el hombre á elevar y dirigir las acciones inferiores á la vida superior, las sensitivas á la racional, es la que le hace poseer la vida de la racionalidad; y por lo contrario, ella es tambien la que le ocasiona la muerte, cuando introduce el desórden en estas actividades, cuando los actos orgánicos no se ordenan á la perfeccion humana. La potencia por tanto que causa en nosotros la vida ó la muerte racional, es la que tiene á su arbitrio conservar el órden

humano ó introducir el desórden, la que quiere este órden ó deja de quererlo; tal es la voluntad dirigida por la razon, ó sea el libre albedrío, facultad por la cual el hombre queda constituido con pleno dominio sobre sus movimientos, y con el derecho de regirse á sí propio y disponer de todos los actos humanos; facultad que elige los medios guardando el órden del fin, segun la define Santo Tomás, ó sea el libre juicio de la razon, como la definían los antiguos filósofos.

Sí, señores, el alma causa de la vida humana, conserva ó altera esta vida mediante la libertad, principio inmediato de todas las acciones deliberadas únicas que de nosotros dependen, y fuente de toda humana responsabilidad, sin la cual es inconcebible el mérito, el delito, el premio y la pena; puesto que cuantas acciones ejecutamos deliberadamente no son mas que difusiones y espansiones de la libertad, si el hombre obra conforme á la recta razon, y actos de vergonzosa servidumbre que con el desórden matan la vida humana, si la razon esclavizada por la voluntad influida á su vez por desordenados apetitos, no obra conforme á su naturaleza.

La libertad caminando á su perfeccion es la única escala para subir á la cumbre del progreso individual y social; es la vida verdadera del alma sin la cual sería el hombre como piedra arrojada al espacio, como hoja desprendida del árbol, ó como bruto que se mueve al impulso de ciegos instintos, es la purificacion del sacro espiritual fuego que en nosotros arde; es el factor de todo bien y progreso, el maravilloso agente que produce en los pueblos cuanto de sólidamente grande se encuentra en todos los órdenes de la sociedad, y que, despues de fecundar lo presente, pasa á la historia y constituye el verdadero tesoro de las naciones. Y este colosal poder lo recibe de las ideas que

inspiran é informan sus acciones, de los resplandores de la inteligencia que al iluminar sus actos le dan eficacia tan poderosa, profunda y trascendental que, semejante de algun modo al *fiat* del Hacedor omnipotente, convierte lo ideal en real, el pensamiento en obra, lo que en un momento se desea en lo que ha de durar para ejemplo de todas las edades. Por eso la libertad supone en primer término la rectitud y verdad en el entender, el conocimiento sólido y perfecto de aquello que se desea y se ha de reducir á la práctica. Que si la libertad es iman poderoso que arrastra ciegos y frenéticos á los pueblos, y hasta el vulgo idiota al oir su dulce nombre, como recordando la nativa independencia del espíritu, por ella se precipita entre diluvios de fuego y lagos de sangre, nada más importante, nada que mayor responsabilidad origine, que el dirigir con una instruccion sólida y verdadera esos nobles instintos, para que la ignorancia no los torne en bárbaros, y luego en perturbadores de todo órden, y por último en salvajes.

Porque como en la ignorancia, segun frase de Campoamor, lo atróz compite con lo nécio, como la ignorancia segun el mismo vate es

Niño en pensar, aunque en poder gigante,
Ni da valor al mal, ni al bien aprecio:
Actor sin voluntad, máquina andante,
Que más lástima inspira que desprecio,
Más bien que un sér que acciona porque vive,
De otros cual muerto sér, su accion recibe (1)

de ahí que, si se da torcida direccion al noble sentimiento de la libertad, esa ignorancia vulgar, al recibir su

(1) Poema *Colon*. Canto VIII. 10.

accion mediante las seductoras declamaciones y halagüeñas promesas de los que adulteran su nocion verdadera, cause esas hecatombes que son á la vez que escarnio de la razon ignominia del humano linaje.

Interés grande debemos tener por lo tanto en aclarar el genuino sentido de todas esas palabras, que marcan la historia de la humanidad con una huella tan honda que no bastan á borrarla los siglos; de todas esas palabras, que por las trascendentales ideas que representan, imprimen verdadera direccion al progreso social, grabando su sello en toda la legislacion y costumbres de los pueblos; de todas esas palabras, que dán gloria imperecedera á los hombres que comunican al pueblo su legítimo significado, siendo á la vez su sola pronunciacion como un dardo que hiere de muerte la memoria de aquellos que han adulterado su acepcion natural. Por eso la fuerza de la lógica me conduce á examinar en este discurso, de qué manera la libertad se agranda, se ennoblece y se perfecciona. Veámoslo.

Habiendo demostrado en la primera parte que el conocimiento intelectual es la causa próxima de nuestras libres acciones, y la voluntad el sujeto, natural es inferir que nuestra libertad debe perfeccionarse, á medida que se perfecciona nuestro entender con el conocimiento de la verdad.

En efecto, porque «en Dios están por altísimo modo todos los séres que componen el universo, con su prodigiosa variedad y con su unidad admirable»; porque «allí, en la mente de Dios, existen desde antes de los tiempos las ideas arquetipas de todas las criaturas, y en su Esencia increada están encerrados los eternos moldes conforme á los cuales han sido constituidas y determinadas todas las esencias creadas»; porque «aquella inteligencia es la medida de todas las cosas; y éstas en tanto son verdaderas en cuanto

responden, imitan y se ajustan á alguna de las infinitas ideas ejemplares existentes en el entendimiento divino» ([1]), por eso no puede Dios equivocarse; y porque en su inteligencia no cabe el error, y en Él está la regla de todos sus actos, goza de libertad perfectísima é infinita.

Y porque los ángeles son espíritus puros «á quienes fué comunicada una participacion de las ideas divinas, eternos moldes donde las criaturas habian sido vaciadas y modeladas, con sus grados, géneros, especies, y variedades», y porque «todas las cosas creadas existen en la mente del ángel, nó en el propio sér que ellas tienen sino segun un modo de ser inteligible, nó real sino ideal, nó natural sino segun la semejanza de la naturaleza», y porque «este sér intelectual fué impreso inmediatamente por Dios en el entendimiento angélico, claro está que la ciencia del ángel ha de ser necesariamente una fidelísima reverberacion de la ciencia de Dios, y sus ideas se han de ajustar exactamente con las ideas divinas». Siendo tan perfectísimo el conocimiento del ángel, natural es sea su libertad inmensamente superior á la humana. Por eso el ángel exento de toda vacilacion é incapaz de rechazar lo que una vez ha admitido, ó admitir lo rechazado, marcha uniforme é invariable en sus juicios como inalterable es en su existencia.

No así el hombre que llegando con lentitud al conocimiento de la verdad, la ve entre sombras, y con suma dificultad alcanza á deducir con certeza las ideas que se derivan de los primeros principios; pero ideas que una vez adquiridas constituyen su ciencia y le aproximan al modo de conocer del ángel y hasta cierto punto al de Dios, resultando de este conocer, aunque trabajoso muy fecundo,

---

(1) P. Norberto del Prado. *Discurso de apertura de esta Universidad* de 1882.

el perfeccionamiento de su libertad, grandemente inferior, como es su ciencia, al libre albedrío de los puros espíritus.

Con razon pues se glorían de su ilustracion aquellas sociedades, en donde florecen las ciencias que descubren las leyes secretas de la naturaleza, y las enseñan á dominar la tierra y apropiarse los elementos todos de produccion; y las enseñan á multiplicar sus fuerzos con prodigiosos inventos; y las enseñan á dar á los agentes naturales puestos á su disposicion, el ímpetu del huracan, la velocidad del rayo, y el poder asombroso de las fuerzas de atraccion, con la facilidad de componer y descomponer las infinitas sustancias existentes en el vasto laboratorio de la naturaleza.

Pero el motivo de gloria de la sociedad será inmensamente mayor, si á todos esos conocimientos de las ciencias naturales se añade el de aquella ciencia sublime que, sobre todas las ciencias, dignifica y eleva nuestro conocimiento; el de aquella ciencia, principio y fin de todas las ciencias humanas y que tan vastos horizontes abre á todas ellas; la filosofía, en fin, árbol frondoso cuyos principios, como tronco lleno de savia vivificante, arraigan en lo más profundo del alma, extendiendo las ramas de sus consecuencias, hasta tocar los confines de todo el saber científico y artístico del hombre.

Y si á la sociedad importa tanto el cultivo de esta ciencia trascendental, deben los que la gobiernan poner toda su solicitud en fundar establecimientos, que basándola en principios de verdad innegable, deduzcan conclusiones legítimas y en armonía con las verdades que la fé nos propone, únicas que con absoluta certeza guian al hombre y á la sociedad á su verdadero progreso y á su perfeccion. Sí, señores, las verdades del dogma cristiano son las que deben servir de faro á toda sana filosofía; porque siendo imposible que una verdad sea contraria á

otra verdad, ya que todas proceden de la primera que es Dios, deben las que constan por su testimonio infalible, servir de punto de partida para certificarnos de las restantes.

No es otra la causa porque la Iglesia, guardadora de este divino depósito, cuida con solicitud maternal, para que sus hijos beban toda clase de enseñanzas en las fuentes puras de la más sana filosofía. En las que brotan de los escritos del Doctor Angélico y de los Santos Padres, nos dice el sabio Leon XIII, están los verdaderos principios que deben resolver los más importantes problemas sociales. Y si como dice Bonald, «la civilizacion no es mas que la religion cristiana aplicada á la sociedad civil, si la civilizacion es su estado natural, como tambien el sólo natural de la sociedad; y si todo pueblo que no esté muy preocupado por falsas doctrinas ó que no tenga el corazon muy corrompido escucha naturalmente su lenguaje» (1); debe, desconcertada por las más opuestas doctrinas hoy más que nunca la sociedad, escuchar atenta y sumisa la voz del Jefe Supremo de esta religion, y dirigir la ciencia fundamental por el camino seguro que Éste le muestra.

Las épocas de agitacion y de febril arrebato necesitan más que otras de esta prudente direccion, de esta estrella polar que les sirva de guía si es que se desea que las ciencias prosperen; porque en esos tiempos, como escribe muy oportunamente Severo Catalina (2) «se discute, se alborota, pero no se progresa, se pelea sin tregua; y para pelear se toman y esgrimen todas las armas, aun las de hechura antigua, aun las arrinconadas en los museos de la ciencia; de manera que no hay error viejo que dejen

(1) Bonald. *Investigaciones Filosóficas*, cap. 2.º
(2) Severo Catalina. *El Progreso*, cap. 10. §. V.

en paz los sabios nuevos; no hay teoría que no resucite; no hay abuso que no comparezca en este pavoroso Josafat de la inteligencia. La juventud que acude á esas aulas, acude frecuentemente sin la preparacion necesaria; el ruido de fuera le impide meditar y abstraerse cual conviene, y sucede que en la ebullicion de las sustancias filosóficas, la juventud superficial toma tan solo la espuma, y ostenta luego una ciencia ampulosa que sería la desesperacion de los verdaderos filósofos si en ello parasen mientes. Los verdaderos filósofos deben considerar que este rumbo infeliz dado á los estudios filosóficos es quizá más funesto que la ignorancia misma. Y si hoy el mal aparece con síntomas, aunque alarmantes, no de una gravedad irremediable, adviertan que mañana quizá sea tarde para aplicar el remedio. Y adviertan juntamente que en el extravío de las inteligencias, no sólo peligran los intereses científicos, siempre dignos del mayor respeto, sino los intereses sociales en todas las esferas; el reposo de los pueblos, la buena organizacion de las familias, la dignidad del individuo».

Pero por grande que sea la importancia de la educacion científica dirigida sólidamente y de acuerdo con las enseñanzas de la Razon Suprema, no todos los hombres reunidos en sociedad pueden adquirir esos conocimientos, ni todos tienen la perfeccion corporal é intelectual indispensable para penetrar en el santuario de la ciencia, ni el órden y la perfeccion de la sociedad y del individuo exigen tampoco, que todos los ciudadanos se impongan tan penosa tarea. Basta que tan honroso trabajo se reserve á aquellos hombres privilegiados que están llamados á ser las lumbreras de la sociedad, y los pilotos que la muestren su norte y el rumbo que debe seguir para llegar al puerto de su perfeccion y felicidad. Ni estos conocimientos tan

necesarios para los llamados á dirigir la sociedad, son indispensables á la generalidad de los hombres, á quienes es suficiente saber aquellas verdades primarias, que nos muestran los deberes de nuestra naturaleza. Que si los miembros humanos no necesitan todos de igual solicitud y cuidado para la conservacion y perfeccion de sus actos respectivos; si nuestras facultades no alcanzan igual excelencia en el desempeño de sus funciones; de semejante manera, los individuos de una sociedad que forman un cuerpo y una personalidad moral, en la que cada sujeto ejerce el oficio de miembro social, no deben todos tener igual preeminencia. Ni podrian los brazos de la sociedad ejercer sus funciones de conveniente manera, si dándoles la perfeccion de la vista, les quitáseis su fuerza y su robustez: ni los miembros, en fin, encargados de los actos menos nobles, necesitan, antes al contrario les perjudica, aquella perfeccion y delicadeza necesarias á los que desempeñan las acciones más elevadas y dignas.

El hombre cuyos dias pasan sobre este mundo como una flor ó como nave ligera que surca los mares, debe emplear un tiempo tan breve en elevar al grado más alto posible las funciones que, por su estado y circunstancias, se ha libremente encargado de ejercer en la sociedad; cosa de todo punto imposible, si en vez de perfeccionar los actos pertenecientes á su esfera de accion, invierte el tiempo en dar á su inteligencia una instruccion superior á la que necesita; porque dividiendo entónces su atencion, y distraidas las fuerzas del alma entre objetos tan varios y tal vez poco ó nada relacionados, sería en adelantos científicos ó de arte una vulgaridad siempre dañosa, al par que una medianía repugnante en el desempeño de las funciones que debe llevar á cabo como miembro social.

Que si la razon nos demuestra que á nadie se le debe obligar al ejercicio de un determinado honesto modo de vivir dentro de la sociedad; tambien la misma nos dicta que el bienestar del individuo y el de la sociedad son imposibles de concebir, si los miembros sociales no realizan los fines que por inclinacion ó por necesidad se han comprometido á desempeñar. Y si algun individuo pretende por sus especiales dotes elevarse á regiones sociales más altas; debe con mayor motivo procurar imponerse y elevarse con sus méritos sobre los de su clase, en la seguridad de que la Providencia, sin cuya voluntad no cae una hoja del árbol, le deparará ocasion oportuna para colocarse en el destino que mejor le conviene.

Y no pudiendo los gobernantes tener claro conocimiento de las condiciones y prendas personales que adornan á los individuos todos de un Estado, deben con leyes oportunas proveer á su instruccion respectiva y facilitar el que puedan volar á las superiores esferas de la sociedad aquellos miembros, que si han sido desheredados de la fortuna, los ha en cambio el Altísimo ennoblecido con el resplandor brillante del genio, y coronado su frente con la preciosa diadema que ciñen los héroes, que con el aroma de sus virtudes embalsaman la sociedad y con su ejemplo contienen los desordenados ímpetus de sus semejantes. Porque crímen de lesa naturaleza sería, el que á hombres tan privilegiados, que deben ser la luz y la sal de la tierra, se les condenara por falta de medios á vivir en la oscuridad, privándoles de ejercer bienhechora y poderosa influencia en sus semejantes.

Tacto exquisito y gran sabiduría necesitan por lo tanto los encargados de la direccion social, para facilitar á cada individuo los conocimientos que deben dirigir su voluntad libre en el ejercicio de sus funciones.

Y ese tacto y esa sabiduría en proveer de recursos para su perfeccion á los individuos, debe ser sin duda mayor en épocas de transicion, en tiempos de asombrosos descubrimientos, en que esclavizada la materia y puestas á disposicion del hombre las fuerzas de la naturaleza, se consigue que estas desempeñen las funciones de los miembros inferiores de la sociedad, elevando á éstos á una esfera más racional, que extiende á espacios mucho más dilatados el radio de sus acciones.

A los extraordinarios inventos se debe el que en los países civilizados, no sea hoy el hombre un animal de carga que cae rendido por el cansancio, ni tampoco una fuerza poderosa que produce las manufacturas á costa de grandes esfuerzos; sino un sér inteligente, que dirige y domina la máquina obradora de los penosos trabajos á que antes estaba condenado por una triste necesidad. Hoy la fuerza animal pierde de dia en dia su estimacion pasando el talento á ocupar su lugar; hoy el hombre del pueblo, gracias á los adelantos modernos, está en camino de mejorar sus condiciones intelectuales y por tanto su civilizacion.

No es una misma perfeccion intelectual, la que antes necesitaba el obrero que á fuerza de brazos producía los objetos necesarios á la vida, y los propios del lujo y del arte; el obrero que se veía obligado á estar dia y noche sumergido en la materia, que absorbía toda la actividad de su alma; el obrero que se veía privado de las comunicaciones con pueblos un poco distantes, y moralmente imposibilitado de elevar su posicion social, á no ser muy extraordinariamente favorecido de la naturaleza: no es una misma la perfeccion intelectual que este obrero antiguo necesitaba, que la que debe tener el industrial de nuestros dias, quien, gracias al poder de las máquinas, produce en breves

momentos los artículos que en otros tiempos le hubieran ocupado gran parte de su existencia; quien, utilizando los progresos del vapor y de la electricidad, puede fácilmente comunicarse con regiones lejanas; y quien, gracias á la vida y actividad material, puede con un golpe de ingenio ó de suerte, encumbrarse por su fortuna á las superiores regiones de la sociedad.

Siendo esto para todos una verdad tan clara como la luz, debe consiguientemente en estos tiempos de progreso y civilizacion material ser mas sólida la instruccion en todos los hombres, y en especial debe aumentar la del pueblo, que gradualmente se vá acercando á las superiores esferas á los cuales antes no le era dable aspirar. La sociedad, que es la encargada de alentar la racionalidad de sus individuos de una manera conforme á sus necesidades, debe, hoy más que nunca, instruir al pueblo en los conocimientos científicos propios de sus respectivos oficios, abriendo las puertas al genio artístico para que perfeccione de dia en dia su profesion; y debe sobre todo educar sus costumbres con los eficacísimos medios que la Religion y la Moral nos proporcionan: porque si el progreso industrial crece, y el moral amengua, surge el desequilibrio en la sociedad, desequilibrio que afectando á las grandes masas, se traduce en espantosos sacudimientos de que ningun bien social queda á salvo.

Pues como á este propósito dice muy bien el célebre Huxley ([1]), «la verdadera ciencia como la verdadera religion son hermanas gemelas y el separarlas causaría á ambas la muerte. La ciencia prospera en la medida de su religiosidad y la religion florece en la proporcion exacta de la pureza y profundidad científica de su base. Las grandes

---

(1) Citado por Spencer en su obra *La Educacion*, cap 1.º

obras de filósofos han sido más que producto de su inteligencia, producto de la direccion que un sentido eminentemente religioso les imprimió. La verdad se ha rendido más bien ante su paciencia, su amor, su sencillez y su abnegacion, que ante la lógica de su sagacidad». Y como estas buenas cualidades que adornan á los sabios son el tesoro de una voluntad recta, de ahí el que para llegar al verdadero conocimiento y práctica de la verdad, no baste perfeccionar al entendimiento, que es la causa del libre albedrío; sino que sea indispensable perfeccionar al sujeto de éste, que es la facultad volitiva del espíritu.

En efecto: el desarrollo de la perfeccion intelectual perjudicaría, en vez de auxiliar, al libre albedrío del hombre, si éste permitiera que su voluntad emplease los conocimientos adquiridos, para buscar pretextos y arbitrar medios con que justificar el desahogo de innobles instintos; que su voluntad abusara del dominio que sobre las potencias humanas ejerce, y apartándose de su ley y de su regla, influyera en el entendimiento haciéndole desplegar sus ingeniosos recursos, para satisfacer las pasiones que le dominan, y activara la vida vegetativa y sensitiva del hombre en un grado tal, que ahogase ó impidiese su conformidad con las leyes del espíritu. Leyes cuyo armonioso concierto, exige que el hombre eleve los actos inferiores al órden racional que está siempre obligado á practicar, si no quiere ponerse al nivel de los séres privados de razon, y despojarse del noble atributo de la inteligencia; si no quiere que perdido desde aquel momento el equilibrio que debe reinar en las funciones de la vida humana, ésta perezca con tanta mayor rapidez, cuanto más excesivo sea el descóncierto de sus actividades.

Y si bien el señalar el órden que debe entre estas, diferentes actividades reinar, es propio de la razon, verda-

dera directora del alma; el promoverlo, el intimarlo á las potencias que deben llevarlo á cabo, y el confirmarlo y arraigarlo con nuevos actos, es propio de la voluntad libre, en cuyo poder está, no sólo el ejercicio de las más importantes potencias del hombre, sino hasta el mismo dictámen que el entendimiento forma sobre la armonía entre las funciones humanas.

Nada pues, tan conducente á la perfeccion racional del hombre, como el perfeccionar esta potencia que tanto imperio ejerce en el alma; esta potencia que, si en el órden ontológico es inferior á la razon, en el órden humano, en el sér defectible, en nosotros, es superior á la misma, ya porque la tiene bajo su imperio, ya tambien (sobre todo cuando el alma está informada por la gracia), porque es capaz de elevarse á las regiones purísimas de los séres más superiores de la creacion, uniéndose á ellos de un modo más íntimo y más perfecto que el entendimiento. Y es porque ([1]) éste, teniendo por objeto la verdad que sólo en él existe con toda propiedad y perfeccion, se identifica con las cosas conocidas de un modo ideal, esto es, conforme á la representacion que de las mismas existe en el alma: mas la voluntad cuyo objeto es el bien, se identifica con él tal como existe en el órden real, se une á los séres en los cuales ese bien existe como á su forma propia, á tal punto, que viene á ser el agente que impulsa todos sus movimientos y afectos, y el término adonde se dirigen

---

(1) Distinct. 2. q. 39. 1 ª 2. Velle enim mala malum est, sed intelligere mala non est malum. Cujus ratio sumi potest ex objecto utriusque. Objectum enim voluntatis est *bonum*, sed objectum intellectus est *verum*. Bonum autem et malum ut in sexto Methaphisicorum dicitur, sunt in rebus: sed verum et falsum sunt in intellectu vel anima. Et ideo voluntas per actum suum tendit in objectum suum, secundum quod se habet in re; et ideo ex bonitate vel malitia rei volitæ, actus voluntatis est bonus vel malus; sed intellectus per actum suum tendit in rem secundum quod est in anima. Ratio autem malorum et bonorum in anima bonum est: et ideo cognoscere malum et bonum in se bonum est.

todas nuestras acciones. Y la razon de todo esto es, dice Santo Tomás, que todo apetito es potencia pasiva: y por eso lo apetecible mueve como motor no movido: mas el apetito ó la voluntad mueve como motor ya puesto en movimiento por el objeto apetecido ó amado. Y como todo sér pasivo se perfecciona con la forma de alguna realidad activa en la cual termina y descansa su movimiento, por eso la voluntad descansa en la posesion del bien amado que es el principio que informa sus voliciones, llegando hasta imprimir en ella los caracteres que distinguen al objeto querido ([1]).

Sí, señores, la voluntad gradúa la excelencia suya y la del hombre por el fin ó por el bien, que es el timon con el cual, mejor que con los fluídos eléctricos, se imprime direccion á todos los actos libres, y el calor suave sí, pero eficacísimo, á cuya influencia, mejor que á la de las grandes energías del universo, se mueve todo el organismo de la vida humana lo mismo en los individuos que en las sociedades. Así lo atestigua el sentido

---

(1) Distinct. 3.° q. XXVII q. 1.ª a. 1.

Amor ad appetitum pertinet: appetitus autem est virtus passiva. Unde in 3. de anima dicit Philosophus, quod appetibile movet sicut movens non motum: appetitus autem sicut movens motum. Omne autem passivum perficitur secundum quod informatur per formam sui activi, et in hoc motus ejus terminatur et quiescit. Sicut intellectus, antequam formetur per formam intelligibilis, inquirit et dubitat, qua cum informatus fuerit, inquisitio cessat, et intellectus in illo figitur: et tunc dicitur intellectus formaliter illi rei inhærere. Similiter quando affectus, vel appetitus omnino imbuitur forma boni, quod est sibi objectum, complacet sibi in illo, et adhæret ei quasi fixum in ipso: et tunc dicitur amare ipsum. Unde amor nihil aliud est, quam quædam transformatio affectus in rem amatam. Et quia omne quod efficitur forma alicujus, efficitur unum cum illo: ideo per amorem amans fit unum cum amato, quod est factum forma amantis. Et ideo dicit Philosophus q. Ethico. quòd amicus est alter ipse. Et 1. Corinth. 6 Qui adhæret Deo, unus spiritus est. Unumquodque autem agit secundum exigentiam suæ formæ, quæ est principium agendi, et regula operis: bonum autem amatum est finis, finis autem est principium in operabilibus, sicut prima principia in cognoscendis. Unde sicut intellectus formatus per quidditates rerum ex hoc dirigitur in cognitione principiorum, quæ scitis terminis cognoscuntur, et ulterius in cognitionibus conclusionum quæ notæ fiunt ex principiis: ita amans, cujus affectus est informatus ipso bono, quod habet rationem finis, quamvis non semper ultimi, inclinatur per amorem ad operandum secundum exigentiam amati, et talis operatio est maxime sibi delectabilis quasi formæ suæ conveniens.

comun «genio de la humanidad,» como lo llama un ilustre escritor; y así lo confirman los hombres en su lenguaje comun, cuando dan á sus semejantes el calificativo del objeto que aman, mirándole como fin al cual se dirigen todos los actos, é interpretando estos de muy distinta manera por creer que es diferente el fin que intentan. Por eso cuando es noble el fin que se ama, nobles son tambien todos los actos que el hombre ejecuta, y cuando este fin es degradante, igual concepto merecen las humanas acciones.

Consecuencia necesaria es la imposibilidad de que haya en la sociedad honra, dignidad y nobleza de miras, si cuantos en ella tienen poder, no procuran aplicar todo su ingenio y sagacidad á conseguir que los individuos asociados amen objetos nobles y adecuados á su grandeza, que constituyan un fin digno del hombre, y que sin nuestra deshonra puedan ser los móviles y guías de nuestros actos. El hombre que en el órden social se deja subyugar por sus inferiores; el superior que lleva su cariño, hasta ejecutar cobardemente todos los caprichos de sus súbditos por irracionales que sean, se dice que rebaja su dignidad, y que se envilece. Y por lo tanto, en el órden de la naturaleza el hombre realmente se degradará, cuando con el amor se somete al capricho y es dominado por un sér cualquiera, sobre el cual debia ejercer su imperio; cuando fía el logro de todas sus ánsias en la consecucion de un sér corporal cifrando en él su aspiracion suprema. Y ¿quién duda que el hombre ha nacido para dominar á todos los séres materiales, inorgánicos y vivientes? Rey de la creacion sensible ha sido proclamado en todo tiempo mayor, inmensamente mayor que las grandezas todas del firmamento, porque el mundo etéreo no se conoce á sí mismo, mas el hombre no sólo tiene

conciencia de sus actos, sino que puede conocer las leyes de todo lo criado. Gloríase con motivo la humanidad de dominar á los animales, y ¡muchos de sus individuos sin embargo, no se avergüenzan de ser dominados de la animalidad propia! Y ¡contradiccion estupenda! sucede que los que con mayor esfuerzo ensalzan su libertad son quizá los más abyectos esclavos de sus pasiones.

La libertad verdadera, señores, sólo la posee aquel que dentro de su estado, comprendiendo que una sola es la verdad, aunque sean muchas las teorías de los hombres, se esfuerza por alcanzarla y ajustar sus acciones á ese conocimiento. La libertad vive y alienta en aquel pecho que, comprendiendo que de Dios procede toda autoridad, se somete gustoso á los gobernantes porque en ellos ve la participacion del poder divino; aquel que venciendo las influencias de los instintos perversos y el empuje de los falsos respetos sociales, independiente en las altas esferas del espíritu, sólo obedece, como dice un elocuente tribuno español ([1]), «á nuestra razon, á la ley de nuestra vida, superior á todas las leyes transitorias y convencionales», á ese derecho natural, impresion de la ley eterna en el hombre; cuando en fin, el amor á su Dios y su Creador, que en realidad se identifica con el amor al órden y á la justicia, produce en los hombres ese concierto armonioso que la atraccion produce en los astros, haciendo que todos y cada uno recorran libremente sus órbitas sociales siguiendo en todo las leyes de su Hacedor impresas en su inteligencia que, sin rebajarle, le obligan á acatar los legítimos poderes del Estado. Entónces se verifica la única conciliacion posible entre pueblos unidos por la verdad y la justicia, que como dice el expresado orador, «es el perpetuo

(1) Castelar. *Fórmula del Progreso.* Edicion de 1870 pág. 81.

el eterno ideal del progreso»; entónces convertidos por el amor en hermanos todos los hombres, segun la sublime norma del Evangelio, la nave social surca feliz las ya aquietadas olas que levantan las pasiones humanas, caminando prósperamente al término de su felicidad ([1]).

Y ved con cuanta razon he podido afirmar al principio de mi discurso, que la completa libertad está en razon directa con el progreso de los individuos y de las sociedades. El libre albedrío se funda en la verdad, y al bien aspira: el progreso no es otra cosa que una marcha, una tendencia incesante á la perfeccion. La libertad es la fuerza, la causa productora; el progreso es el movimiento, es el efecto maravilloso de esa fuerza sublime. La libertad pues y el progreso son hermanos; tienen entre sí tan íntimo parentesco como la luz y el calor con la vida de los séres orgánicos, como la sangre que circula por nuestras venas con la robustez que vigoriza nuestros miembros, como la atraccion gigantesca de los astros con el caminar armónicamente gigantesco de los séres del mundo planetario.

Verdad y bondad son los dos polos sobre que gira la libertad humana; parte del primero para inclinarse á la consecucion del segundo: y el progreso verdadero en accion, viene á ser ese mismo libre albedrío bien encaminado, y en su término no es otra cosa que la adquisicion del bien apetecido. Nada, señores, de arbitrario, nada de convencional, nada contra razon y órden. Si la ley más precisa y exacta se observa en todos los séres, si el acaso

---

(1) *De Regim. Princ.* I. I. c. XIV. Ad hoc homines congregantur ut bene simul vivant; bona autem vita est secundum virtutem, virtuosa igitur vita est congregationis humanæ finis.... quia homo vivendo secundum virtutem ad ulteriorem finem ordinatur qui consistit in fruitione divina; oportet eumdem finem esse multitudinis humanæ. Non est ergo ultimus finis multitudinis congregatæ vivere secundum virtutem, sed per virtuosam vitam pervenire ad fruitionem divinam....

y el capricho y el desórden son un absurdo en el terreno de la ciencia, lo mismo en las ciencias físicas naturales, que en las metafísicas y teológicas, suponer que en el órden moral y práctico, en la sociedad lo mismo que en los individuos no existe esa ley, ni ese órden, y es permitido obrar al capricho, sería la mayor de las contradicciones y la más funesta y antiprogresista de las teorías.

Adelante! grita el corazon con su continuo anhelar hácia la felicidad. Adelante! la razon que como tipo supremo de grandeza, fijos los ojos en Dios, hácia Él dirige nuestros pasos; y adelante! pero conforme á la ley, ajustándose á lo debido, nos dice la naturaleza toda, que formada por su omnipotente Hacedor en *número*, *peso* y *medida*, á número, peso y medida sometió la libertad humana; y con sujecion á esa ley, que es la de todos los séres, quiso labrase su progreso.

Con profunda verdad las sociedades humanas se han comparado á un organismo: la unidad en la variedad de miembros y funciones, regida por una misma ley social, en la cual como primer carácter se destaca la racionalidad humana á la que todo se subordina como el hombre se subordina á Dios, Sér simplicísimo é infinitamente armónico por absoluta necesidad de su esencia.

He dicho.